

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAZO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1557

Vendedores y suscripciones

La Argentina y sus grandezas

El título no nos pertenece. Es patrimonio del ilustre abdomen del novelista o novelero Vicente Blasco Ibáñez. Y si hoy lo empleamos, no es precisamente para describir las grandezas y las riquezas de la Argentina, sino más bien para presentar un contraste entre la vida real y las ficciones del tropicalista y fumista aventurero de las letras.

Sucede que la Argentina, pese a sus grandezas y a sus riquezas, a su trigo y a su ganado, se está desacreditando en Europa. En los países de emigración comienza a despertarse celos la propaganda de los agentes negreros de los gobiernos y de las empresas de navegación. Y no es la primera vez que las autoridades de los países europeos que surten de carne barata el mercado mundial de brazos, se ven obligadas a organizar la contrapropaganda emigratoria a fin de impedir que se laucen a la conquista de América los pobres e ingenuos labriegos engatusados por los reclamistas de estos Potosis, Jaujas y Eldorados.

Después de la guerra, como consecuencia de la desorganización económica y de la carga que debieron soportar las naciones vencidas, los agentes negreros encontraron amplio campo para su propaganda emigratoria en los países de la Europa Central. Con mil engaños y promesas fueron atraídos miles de campesinos y obreros de Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, etc., destinados, a su arribo a este país, a los trabajos más brutales y peor remunerados. La inmigración nueva, desconocedora del idioma y de las costumbres del país, por carecer de apoyo oficial ni contar con parientes o amigos radicados en la república, debió pasar el vía crucis que comienza en el "hotel de inmigrantes" — el mercado de brazos abierto por el gobierno para ofrecer en subasta la carne de explotación que llega del exterior — y termina en los ingenios de Tucumán, en los obrajes del Chaco o en las haciendas y feudos del sur. Y, claro está, de esa miseria, de ese dolor y de ese infortunio se aprovechan los capitalistas para aumentar sus ganancias y establecer una odiosa competencia de brazos que les aporta enormes beneficios.

La odisea de los inmigrantes húngaros, checoslovacos, búlgaros, etc., los menos aptos para incorporarse rápidamente a este país y asimilarse sus usos y costumbres, se ha hecho pública en sus países de origen. Y es la triste realidad de esas familias lanzadas tras la quimera de un fácil bienestar, la que destruye toda la propaganda interesada de los cantores de las riquezas y grandezas de la Argentina y de América.

"La Prensa" se ha hecho eco de la propaganda que se lleva a cabo en Checoslovaquia para impedir la emigración a América y principalmente a la Argentina. El diario "Política Nacional", de Praga, presenta un cuadro doloroso de las penurias que sufren los trabajadores y campesinos checoslovacos que inmigran a este país. Y el órgano ganadero, después de poner en duda la veracidad de los hechos relatados, mani-

salida a los miles de obreros y campesinos que llegan de la Europa central ilusionados por las promesas de los agentes negreros al servicio del gobierno y de las empresas de navegación.

La odisea de cuatro inmigrantes checoslovacos, relatada por ellos mismos y publicada en el diario "Política Nacional" de Praga, no constituye una novedad para nosotros. Pero como fué divulgada en

EL ESTADO JUBILA



—Ahora que ponemos a jubilarnos, comenta el gobierno, hace economías. Y mi mujer no puede pagar la olla...

fiesta que los checoslovacos ricos que residen en Buenos Aires publicarán un manifiesto desmintiendo las "calumnias" del órgano periodístico que se hizo eco del dolor y la angustia de unos desventurados inmigrantes.

Nosotros nos atendremos a la realidad. Y la realidad, reflejada en la carta que publicó el diario de Praga "Política Nacional", nos demuestra que en Buenos Aires se ha abierto un mercado de brazos, una indigna subasta de almas, destinado a dar

Europa y mereció la transcripción en las columnas de "La Prensa", la ofrecemos, en sus partes fundamentales, a nuestros lectores como una prueba de las grandezas y riquezas de la Argentina. La carta en cuestión, entre otras cosas, dice lo siguiente:

"Después de un largo y molesto viaje hemos llegado por fin a este famoso Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires. Otra vez el mismo orden: dormir sobre el denudado tejido de alambre sobre las camas de

hierro, porque trazadas no hay y las que hay, están llenas de piojos. La comida es tan miserable como en el barco, servida en platos de lata y cucharas del mismo metal, llenos de herrumbre, y así tenemos que comer.

"Después de estar una semana, hemos recibido trabajo en los bosques vírgenes de Tucumán, donde hemos aguantado apenas un mes, y no recibimos ni un solo centavo de salario. Con el mayor ahínco hemos trabajado como los esclavos de sol a sol, dormimos como los gitanos bajo las carpas, pero trabajar de balde, sí que no hemos podido. Al reclamar nuestros jornales, el capataz nos dijo, de mala manera, que nos pagaría una vez que la madera sea recibida. Como no nos hemos conformado con esta contestación y hemos insistido, sacó su revólver y nos gritó: "¡vamos!" y tuvimos que irnos. De esta manera fuimos pagados. Como no teníamos dinero para pagarnos el pasaje del tren, fuimos a pie, hambrientos y sedientos, durmiendo a campo raso cerca de la vía ferroviaria, pues de otra manera no hubiéramos podido volver. Cansados hasta la muerte, llegamos de esta manera hasta unos 50 kilómetros cerca de Buenos Aires, donde hemos encontrado trabajo en una quinta solitaria. Aldo Bonzi se llama ese lugar, y nos debían pagar 40 pesos, con casa y comida. Pero el trabajo era demasiado pesado, y el capataz estaba todavía todo el día encima de nosotros apurándonos, de manera que no hemos podido aguantar más que un mes y nos fuimos a Buenos Aires. En esta ciudad estamos todavía, y esperamos que algún trabajo se nos presente".

De la vida miserable que llevaban en esta ciudad los referidos inmigrantes, la carta dice cosas tan dolorosas como estas:

"Todos los días buscamos en las fabricas y construcciones de todos los alrededores, pero no podemos encontrar trabajo alguno. Por dormir pagamos un peso cada vez y vivimos de los desperdicios que tiran los ricos en la basura que todos los días temprano llevan delante de las puertas. De esta manera, cuando buscamos la comida y cuando gastamos el último peso tendremos que dormir a campo raso, como lo hace la mayoría de nosotros combatientes de los cuarteles, en una terrible y desesperada situación. Vagan hambrientos y nadie se acuerda de ellos: a nadie importa su situación. A nadie le importa que nosotros gente viva aquí."

Respecto al trato de los inmigrantes recibidos en Buenos Aires y conchabadores, y que ellos establecen como una regla general de la conducta de este pueblo, leemos estos amargos reproches:

"Es demasiado salvaje para nosotros la población aquí que estamos

Contradicciones y Realidad

acostumbrados a... da y... vuelvo... su país... mayo... los dos... ind... para poder... de aqu... rápido, es el lema de todos. "Así como nuestra gente viene aquí afiebrada, rápidamente, mucho más ligero se va todavía. Y no tiene otro deseo que salir lo antes posible de este infierno. Y los que de nuestra querida Eslovaquia quisieran venirse, que nos escuchén y dejen esta idea tan descabellada. Que nadie se aventure a venir a la Argentina, donde no le esperá otra cosa que miseria y humillación."

Se dirá que exageran esos descontentadizos y que su fracaso les obliga a decir todas esas cosas de este hospitalario país... Pero, ¿acaso su caso es el único? Recuérdese que hace poco dos jóvenes alemanes, recién llegados a la República, tomaron la extrema resolución de suicidarse por carecer de pan y trabajo. Y esa tragedia pasó desapercibida para los que sólo ven de la Argentina sus grandezas y sus riquezas...

Nosotros hemos visto, en una estación ferroviaria, un largo rosario de vidas que iban, rumbo a quién sabe qué feudo, encadenados a un contrato leonino y a un salario de hambre. Y eran gentes de la Europa central, familias campesinas de Hungría, de Checoslovaquia o de Bulgaria, pobres parias perdidos en un mundo nuevo, hostil e incomprensible para ellos. Y el negrero — agenciero o enganchador — después de alinearlos en el andén con sus miserables enseres, con sus niños sucios y macilentos, iba pasando lista al rebaño y dando a cada grupo la marca correspondiente.

La visión se complementa con el relato de esos cuatro obreros checoslovacos mandados por la Inmigración a las selvas de Tucumán. ¿Qué destino habrán llevado las familias que formaban en el andén de una estación central a la espera del tren que habría de conducirlos al país de ensueño? Nos figuramos la dolorosa tragedia del despertar de esos ilusos tan cruelmente azotados por la dura realidad de este agitado vivir de América.

A propósito de algunas modestas observaciones sobre el movimiento obrero en relación con el anarquismo, que he venido haciendo durante un año, más o menos, de colaboración en LA PROTESTA de Buenos Aires, un compañero argentino escribía el 21 de febrero pasado en el mismo diario una serie de críticas, a las que todavía debo una respuesta.

El argumento, a decir verdad, hoy me interesa mucho menos que hace unos años. La reacción que vivimos en Europa, y especialmente en Italia, es poco favorable al sindicalismo que presupone, como punto de partida, una relativa libertad adquirida de movimiento y de propaganda, sin la cual apenas algún cauto y moderado organismo de los más reformistas, puede, y con dificultad, mantenerse en pie.

Esta discusión tiene, para mí, un valor puramente académico; son, a lo más, argumentos puestos a parte para el porvenir, — para cuando se pueda ponerlos como base de una acción práctica de reconstrucción en el campo obrero, en la clase obrera antes de entonces de la salida del país y después de haber la necesidad de un terreno de acción. Pero al tiempo que me interesa mucho, me interesa también, para mí, el problema de los sistemas nuevos. ¿Discutamos...

LA PROTESTA cree encontrar contradicciones en lo que yo he escrito. Puede ser, en un asunto tratado a saltos, en treinta o cuarenta artículos escritos casi todos sin tener a la vista los precedentes, por un crítico con alguna contradicción de lenguaje o de expresión. Pero es una contradicción de pensamiento. Se trata de contradicciones de fondo, puramente formales, que se refieren a un insuficiente o errático modo de expresarse, del que tengo la culpa ya y no el crítico de LA PROTESTA, pero es una culpa literaria, no la culpa del intelecto.

Voy a explicarme mejor, para que el equívoco del desacuerdo persista lo menos. Voy a tener más clara la cuestión ante los ojos y podrán juzgar mejor de su consistencia.

A través de los artículos hechas a mis artículos soy presentado a los lectores casi como un sindicalista o un marxista — en la práctica, en el terreno sindical, no en teoría, se entiende. De ahí se llaman los primeros, en maravillosa armonía, los sindicalistas, también los reformistas o anarquistas, con lo que yo he ido diciendo de todo de que me separando de con ellos y de la acción cuando esta me parece necesaria y no he habido de estar.

Una vez más me voy a que pienso, se me ocurre que yo puedo decir que yo he estado mucho tiempo en el terreno de la actividad política, y que yo he estado, siempre, el tiempo — menos en un breve paréntesis desde el 1905 al 1911 — de dedicar al movimiento sindical más que una actividad crítica y de propaganda teórica.

Debo todavía advertir a los amigos de LA PROTESTA que mis ideas sobre estas cuestiones son del todo personales; habrá ciertamente compañeros que convendrán conmigo en muchas cosas, pero lo que yo digo no es la expresión de una corriente y menos aún de un movimiento determinado. Es erróneo, por consiguiente, el presentarme como parece que lo hace LA PROTESTA, así como el portarvos o el defender de la tónica sindical adoptada por los anarquistas en Italia, — porque éstos, si es verdad que no siguen las mismas vías y métodos de los compañeros argentinos, no siguen tampoco los que yo creo mejores y que son los que he tratado de poner en claro en los artículos publicados en LA PROTESTA.

Soy adversario de toda forma de parlamentarismo sindical como de toda concepción de Estado obrero, — ni creo que

haya en Italia partidarios de esas concepciones, al menos entre los anarquistas, de cualesquiera tendencias, — es decir, soy contrario a toda forma de "poder" aunque éste sea obrero o sindical. La concepción dictatorial es reaccionaria no sólo si es actuada en nombre de un partido, fascista o comunista, sino también si es encarnada en los sindicatos obreros, sean ellos social-reformistas, revolucionarios o sedicentes anarquistas.

La anarquía supera idealmente a la clase, en cuanto tiende a la abolición del privilegio de clase, vale decir a la destrucción de las distinciones de clase y por consiguiente de las clases mismas como tales. En esto creo estar de acuerdo con LA PROTESTA, como también lo estoy en el considerar la lucha de clase no destinada a ser eterna junto al capitalismo, sino a extinguirse sobre el cadáver de éste; no fin de sí misma, sino medio de revolución, tendiente a limitar el provecho capitalista y a suprimirlo. Pienso que los anarquistas deben participar en esta lucha tratando de vivificarla lo más posible con su idealismo, tratando a través de ella de demoler todo lo más que se pueda del viejo mundo y de acercar, haciéndolo prácticamente posible, el triunfo de la revolución.

La organización obrera sindical, es uno de los instrumentos, no el único, de esta lucha. Constituye para nosotros el ambiente mejor para quedar en contacto con las grandes masas, para desarrollar una obra de educación y de propaganda que atraiga, siempre nuevos adeptos a nuestra minoría de vanguardia, para hacer penetrar nuestro movimiento como una célula o mejor como una corriente animadora en la compleja vida popular. Pero ella, la organización sindical, responde a algunas funciones de la lucha social, no a todas; de aquí la necesidad para los anarquistas de no agotarse en ella, de resistir a su absorción y a su tendencia a degenerar en el corporativismo, en el funcionalismo y en el obrerismo.

La lucha de clase, entendida solamente como función de la organización sindical, aporta, si, su contribución al general movimiento de progreso hacia la liberación de toda la humanidad de todas las miserias y de todas las opresiones, y por eso no se la descuida. Pero de por sí no sería suficiente ni siquiera a la sola clase de los explotados organizados. Además, sus tendencias, automáticas — vale decir determinadas por los intereses de que ella es la resultante — no son todas ni del todo revolucionarias; las hay reformistas y conservadoras, y también las tendencias más revolucionarias tienen todo un aspecto o manifestación reformista.

Por eso el agrupamiento sindical de oficio, unido por las necesidades del oficio mismo y por las necesidades cotidianas, inmediatas de los trabajadores, es sólo hasta un cierto punto apto para la lucha revolucionaria y adaptable a la lucha anárquica; viceversa, si se lo organiza para fines específicos de la lucha anárquica y revolucionaria, y estos fines son los que rigen su constitución y su funcionamiento, el organismo será óptimo como grupo anárquico pero será "sindical" y "obrero" solamente de nombre, es decir, no apto a todas las necesidades económicas inmediatas de los trabajadores.

Una cierta división de trabajo y de funciones se requiere también en la lucha. La organización obrera que se diese un programa de propaganda política e ideológica, hecha de polémicas y contrastes, y se dedicase a él, tendría ya un trabajo que hacer que no le consentiría ocuparse mucho de salarios, de huelgas parciales, de las cuestiones particulares de cada oficio o de cada fábrica, etc. Viceversa, la organización anárquica que se dedicase a todas estas últimas cosas, y quisiese seriamente tutelar los intereses generales y locales, mediatos e inmediatos de sus organizados, dejaría inevitablemente en segunda línea la lucha política, la propaganda de las ideas, la educación espiritual libertaria y revolucionaria, que requiere atención y cuidados infinitos; y

la ideología no sería más que un barniz exterior sin correspondencia interior. Esto, suponiendo, que las dos funciones — la de la lucha anárquica y revolucionaria en el terreno ideológico, y la otra de la lucha sindical en el terreno económico y de los intereses, — puedan ir siempre de acuerdo y nunca contrastar entre ellas: suposición, también ésta, demasiado optimista y verificable solamente donde los hombres que luchan funden todos en sí admirablemente el sentido práctico con el espíritu idealista, respondiendo al mismo tiempo a las exigencias de los intereses y a las sugerencias de la propia fe.

La larga experiencia demuestra que esto es posible muy rara y excepcionalmente, o en los individuos solos o también en las colectividades, pero sólo en breves instantes de exaltación heroica. En la mayor parte de los casos, confundiendo juntas la causa de los intereses y la de las ideas, la primera se sobrepone y, subordinando a la segunda, la hace desviar; o la arrastra inconscientemente hacia el reformismo conservador o hace de ella una babilonia confusoria e inconcluyente, privada en todo caso de valor revolucionario real.

Esto no tiene nada que hacer con el marxismo. Es una constatación de hecho. Y la conclusión que deduzco es la autonomía de los dos movimientos organizados de lucha, la independencia recíproca: la cual no impide que las ideas ejerzan sobre los hechos su influencia, que el idealismo anarquista pueda animar el movimiento obrero, — pero no como una etiqueta exterior puede infundir sobre el contenido, no como un apriorismo programático impuesto a todos, por deliberación de los jefes o de mayorías, por exclusivismo o separatismo dogmático, si bien solamente como ideas libremente aceptadas y libremente propagadas, sin otros medios que los que se derivan de la fe y del sacrificio de quien las ha abrazado y las propaga con la palabra y el ejemplo, pueden animar cualquier ambiente en que sean agitadas.

LA PROTESTA me dice que cuando me ocupo de la práctica del movimiento obrero, caigo en los errores materialistas que reprocho a los social-reformistas. Pero no precisa cuáles sean estos errores; lo que me autoriza a pensar que dichos errores no existan.

Claro, para no ser acusado de ser "materialista" yo no puedo cerrar los ojos a la realidad y confeccionarme aparte el mundo imaginario que me sea más cómodo. Si veo un contraste entre los intereses determinados del mundo a nosotros adverso y el ideal que queremos realizar, ello es porque el contraste existe. Pero si lo denuncio, si digo que no hay que confundir los primeros con el segundo, no es porque yo me preocupe de hacer prevalecer los primeros, sino al contrario, para salvar al segundo del naufragio a cuyo encuentro iría embarcándose en el mismo navío de los primeros.

Para coherme en contradicción LA PROTESTA cita dos trozos de un artículo mío que le parecen en contraste. En realidad contraste hay solamente entre las interpretaciones erradas y arbitrarias que el diario da a mis palabras. He aquí una prueba:

Yo he dicho siempre que la organización sindical sola es insuficiente a todas las necesidades de la revolución por la falta en ella de una guía moral e ideal superior al puro y simple espíritu de solidaridad, etc. Y bien, el diario comenta: *Fabry reconoce que las ideas son las que impulsan el movimiento obrero.* (Pero no! yo reconozco... todo lo contrario; es decir, estoy persuadido de que el movimiento obrero es movido prevalentemente por intereses económicos, precisamente porque es un movimiento que se desenvuelve en el terreno económico.)

Yo buscaba de demostrar en mi artículo que esta deficiencia de la organización de clase era admitida implícitamente también por los sindicalistas que sostenían que el sindicalismo (1) se basta a sí mismo, en cuanto también ellos buscaban atribuir a la organización obrera — mientras que negaban los partidos — un verdadero programa de partido, que para unos se confundía con el programa anarquista y para otros con el programa socialista. Y no podía ser de otro modo, pues que si se hace del sindicalismo (que

ERRICO MALATESTA
LA VOX DE UN ANARQUISTA

De venta en el...
Buenos Aires

es un método) una doctrina; se comete un error, confundiendo o con el anarquismo o con el socialismo autoritario. Pero entonces cesa de ser sindicalismo, cesa de ser función sindical y conviértese en función de partido.

¿Es posible llenar esta laguna de la organización sindical? Si, de dos modos: flanqueando su actividad con otras actividades revolucionarias y de propaganda de ella independientes, y con el despliegue en su seno de una propia actividad de propaganda y de agitación que la impulse lo más adelante posible y neutralice lo más posible la influencia reformista y conservadora de los intereses, por más legítimos que éstos sean.

No hay que confundir lo que nosotros quisieramos con lo que es. A pesar de las tendencias derivantes de su naturaleza de clase, nosotros podemos también buscar (y yo creo que en esto consiste la obligación moral de los anarquistas en las organizaciones) que la idea anarquista anime en todo lo posible el movimiento obrero y haga en él la función de la vadura.

Se conseguirá con esto dar al movimiento sindical ese contenido y esa orientación substancialmente anarquista como sería nuestro deseo? Se puede, ciertamente; esperar; pero no me parece que esté tan cercano el tiempo en que se consiga del todo. Y por lo demás se puede conseguirlo sólo a posteriori, a medida que se conquistan las conciencias, y no por deliberación apriorística de un congreso, de una mayoría, de un comité directivo, con el simple agregado de un adjetivo a un nombre o de un artículo a un programa.

El anarquismo no puede, hasta el día en que todas las conciencias de los organizados no sean a él adquiridas, limitar su esfera de acción, ni puede sin contradecirse imponer a los no anarquistas una línea de conducta anárquica. En la espera, no debe por eso agotarse en el movimiento sindical sino crearse fuera de él otras y más homogéneas fortalezas de acción suyas propias, y solamente anarquistas. Sin esto, a pesar de la fraseología exterior, el anarquismo no sólo no impedirá a las organizaciones sindicales, en la práctica, las peores desviaciones oportunistas, sino que se corromperá el mismo como he indicado más arriba.

Es sólo, manteniendo un propio hogar de irradiación ideal, — vale decir un movimiento anarquista, de anarquistas unidos con fines exclusivamente anarquistas, — que el anarquismo podrá ejercer su influencia benéfica en los campos circunstantes y afines, especialmente en el campo obrero. Pero esta influencia no podría ejercerla sino anárquicamente, vale decir sin imposición. He aquí por qué yo he dicho en el segundo trozo citado por LA PROTESTA, que los anarquistas deben resistir a la tentación de aprovechar de la influencia ejercida en las organizaciones obreras para imponer su propio credo político y su propia bandera especial. El hacerlo no sería lógico ni anarquista sino cuando todos los obreros organizados fueran anarquistas y ninguno disintiese.

No comprendo cómo, comentando estas palabras, el diario dice que Fabri acusa a los anarquistas toda participación directa en los sindicatos y hasta el derecho de atraer a su influencia el movimiento obrero. Pero no; yo he dicho siempre — y lo doy más artículos de LA PROTESTA lo repiten a cada paso — que los anarquistas tienen la obligación moral de pertenecer a sus sindicatos de oficio, de participar en su actividad en coherencia con sus ideas, de ejercer con la propaganda y el ejemplo su influencia, etc., sin disimular nunca sus ideas.

Lo que yo niego, lo que yo encuentro antianárquico es que los anarquistas exploten esta su legítima influencia de modo dictatorial. Es decir, pienso que los anarquistas no deben aprovechar de la influencia adquirida en los sindicatos, sea porque desempeñen cargos sociales, sea porque son personalmente favorecidos por la simpatía de la mayoría, o por otras circunstancias fortuitas, y no por convicción de los interesados, — para IMPONER A TODOS, por mayoría de votos o por deliberación de las oficinas directivas, la propia etiqueta, de parte, la propia dictadura política, sobre el movimiento obrero.

Si al contrario esto hicieramos, repetiríamos el error autoritario y hegemonista que hemos reprochado tantas veces a los partidos socialistas y marxistas; esto es,

haríamos ni más ni menos que lo que han hecho siempre y hacen aún los social-reformistas y los comunistas dictatoriales. Pues que yo quisiera diferenciarlos de éstos, y propongo un método más respetuoso de la conciencia individual y por consiguiente más libertario, precisamente por esto sería acusado de materialismo marxista?

¡Pero todo esto significa, entonces, negación del esfuerzo anárquico para orientar el movimiento obrero y dar una definición idealista a las luchas del proletariado?

Ruego a los lectores que releen no una frase o un período, sino todo el artículo sobre "El Ideal anarquista animador del movimiento proletario" y se tendrá la más acabada respuesta negativa. A menos que no se equivoque en las palabras. Orientar el movimiento obrero por medio de la propaganda y del ejemplo, a través de la persuasión y la lucha, con la participación directa y anárquica de los anarquistas en todas las batallas obreras, los organismos de clase, etc., sí. Agitar entre los proletarios las ideas, hacer de modo que las luchas del proletariado no se libren sólo por salarios o por controversias de categoría, sino también por superiores intereses, generales e ideales, de libertad y de justicia, por cada derecho violado en perjuicio de los oprimidos, sí.

Pero esto a condición, de que el derecho de cada uno y su libertad espiritual, o sean violados precisamente por aquellos organismos que quieren defenderlos. Si orientar el movimiento obrero y definir la lucha proletaria significase imponerle la propia definición especial y el propio programa de parte, del cual hasta el último organizados no estuviese convencido y no lo aceptase libremente, entonces respondería, que no, hoy, si esto lo quisiesen anarquistas, como he respondido que "no" en el pasado cuando lo pretendían los partidos autoritarios.

Uno es el programa que los anarquistas se dan para su actividad como socios en la organización obrera, — programa que desarrollan, por su voluntad, libremente y bajo su exclusiva responsabilidad, sin empujar a otros — y otro es el programa de toda la organización. El programa de los anarquistas y de toda su acción, dentro y fuera de la organización, debe ser anarquista. En cambio, el programa de la organización no podría ser anarquista sino cuando anarquistas fuesen todos los organizados. He ahí por qué yo sostengo que la organización obrera debe conservar un mínimo de neutralidad entre los varios partidos, que consienta a los proletarios el participar en ella sin sentirse incómodos y sin que sus particu-

lares opiniones sean ofendidas y las conciencias heridas. Neutralidad de la organización común — entiéndase bien — y no neutralidad de los anarquistas que a ella pertenecen; como imagina LA PROTESTA, cuando dice que según mi opinión "los anarquistas deben mantenerse neutrales y no promover antagonismos de ideas y de principios en los sindicatos."

Pero la neutralidad de la organización como tal no impide que ésta tenga una orientación en el ámbito de las cuestiones económicas y sindicales. Y tanto menos impide a los organizados la discusión de ideas y de principios. ¡Al contrario! Sólo que está en el interés de los organizados mismos mantener el choque de las ideas en una atmósfera de cordialidad y serenidad, para no hacer con rifas intestinas violentas e incíviles el juego de los enemigos comunes.

Otras cosas querría y podría decir ahora, que me han sido sugeridas por el artículo de LA PROTESTA. Pero me extendería y sería verdaderamente demasado. Por lo demás yo creo que si los compañeros, en quienes surja alguna duda por alguna frase poco clara de mis artículos, tuviesen la paciencia de recordar o de ir a revisar otros puntos en que me he referido al mismo asunto, lo encontrarían aclarado. Se darán cuenta entonces que lejos de sostener criterios antagónicos, yo he hecho más que mostrar con palabras diversas, en sostén de una sola tesis, los varios aspectos de una misma verdad.

Luigi Fabri

(1) Temo que un equívoco pueda haber surgido del uso de la palabra "sindicalismo". Los sindicalistas, a quienes me refiero en el trozo citado por LA PROTESTA, no son los organizados en organizaciones de tipo sindicalista, como el Sorel que pretendían, según una teoría nueva, hacer los partidos obreros y el sindicato sobre las fundaciones (1905-12). Yo los combato porque, cuando también ellos se empeñan en organizar a la organización sindical, cuando en el mismo error de los comunistas económicos y marxistas, — programa no era más que el programa de la reforma socialista — se empeñan en imponer su programa autoritario. Entonces, como hoy, sostengo que ningún programa autoritario, ni sindicalista (en el sentido dicho arriba) ni anarquista ni reformista, debe ser impuesto a las organizaciones sindicales.

Después de catorce años de revolución

DESDE MEXICO

No ha sido el zapatismo, como erróneamente se ha dicho, el que ha verificado el primer movimiento de libertad en los campesinos de México; el zapatismo solamente ha sido el precursor de ese movimiento que en la actualidad se llama agrario.

Antes del zapatismo, y aún durante la revolución que encabezó Zapata, hubo en diversas partes del país expresiones completamente libertarias, más puras y más espontáneas que las que se llevaron a cabo en Morelos.

Fué el partido agrarista — pero ya no con el nombre de zapatismo — el que ha llevado la agitación por la conquista de la tierra, bajo un sentimiento autoritario, a todo el país. Anteriormente, el zapatismo estuvo perfectamente localizado y no trascendió a grandes regiones campesinas.

El sistema de peonaje no era un patrimonio de Morelos; se extendió por todo México; y en algunas regiones (como en Jalisco, Nayarit, Michoacán, etc.) se encontraba también bastante desarrollado; y sin embargo el zapatismo no alcanzó estas provincias. Hecho que pone en evidencia, realmente, en las organizaciones campe-

ño de los agentes del gobernador de Veracruz informó que en dos pueblos de la hacienda de Los Hornos existía autoridad municipal y que los habitantes se habían rebelado a nombrarla. Escandalizado el gobernador, el señor Tejeda — presidente miembro del partido laborista — citó a los campesinos a quienes los interrogó el pose que no querían nombrar autoridades. Los delegados de los pueblos le respondieron que se habían abstenido de las elecciones el día fijado para verificarlas y que desde entonces le caso municipal se encontraba clausurado; pero que además habían palpado que no necesitaban de autoridades para vivir felices; puesto que, por lo regular, estas autoridades sembraban divisiones y desórdenes. El señor Tejeda, festejando este acontecimiento, no les ha molestado; pero gran de ha sido la mofa que de ellos ha hecho en su prensa.

¿Qué será que está actitud y decisión de los campesinos de la hacienda de Los Hornos un hecho "meramente" bastar? Quisieramos llevar al lector paso a paso por la infinidad de lugares donde, aunque viviendo en aislamiento, pueblos enteros carecen de todo género de autoridad.

Los campesinos de Sinaloa, en este es el nombre por el que se les conoce y también como ellos mismos se llaman a sí mismos, con motivo de la revolución han transformado la manera de vivir. Su gobierno, era un gobierno patriarcal; pero las diversas facciones revolucionarias del período 1910-1916 constantemente hacían incursiones en sus campos, buscando víveres, y como no se les entregaban, procedían a capturar al patriarca de la comuna, hecho que bastaba para obtener todo lo que deseaban. De esta manera, apenas se acercaba una facción militar — una comuna (un viño comarcano) nos decía en ocasión de una visita que les habíamos invadido, que les llamaban comarcos a sus poblados, por lo que crean una comisión de comarcos más que de intereses) los campesinos ocultaban a los patriarcas, para esta táctica resultó como educante al ser conculca por los militares, y entonces de acuerdo con ellos abolieron el sistema patriarcal. Así, como decían los comarcos: "Ya no tenemos los revolucionarios a quien temer". Desde entonces, las comunas desahucian al ambiente a un comarcano a quien temen e intermite, sea hace la función de un sináncata, guarda y distribuidor de aperos de labranza y guarda de las semillas, la producción (por supuesto) de maíz es desconocida para los comarcos, y "baja" a la ciudad a vender el maíz y a comprar mantas, sea a toda su función.

Si los hechos referidos a los comarcos de Sinaloa, es porque la referencia la hemos vivida, más en infinidad de regiones del país, los campesinos viven la misma vida; en algunos lugares se ha ido paulatinamente a la abolición del gobierno, y en otros, donde la necesidad y las ideas han llegado, la transformación ha sido rápida.

Recurrimos a estos hechos para probar que son las regiones campesinas, a donde no ha llegado el zapatismo, las que han avanzado hacia la libertad. El primer insurrección campesina, en principio; zapatismo, después de haber sido agrarismo, han tenido diversos caracteres. La insurrección campesina era un movimiento completamente económico; de extirpación de latifundios, de repartición de ellos, en suma, de conquista de la tierra. El deseo similar al que se observó en el movimiento obrero de conquistar de fábricas, el zapatismo, insurrección cuando se introdujeron en la insurrección los elementos "intelectuales" quienes le dieron el carácter político; se quisieron el poder, en la base de la revolución donde Zapata y los "intelectuales" comarcos (titular) el zapatismo y se plantearon la cuestión de la libertad; la mayor parte de las comunas están constituidas en la formación de un gobierno campesino. Me da maravillar que de este tipo de cosas se haya escrito a toda la especie de que el zapatismo era un movimiento anarquista.

Los artículos en y de este plan son los más revolucionarios y para mayor inteligencia los transcribimos íntegros.

Art. 60. Los campesinos, hombres y aguas que hayan usufructo los beneficios científicos o científicos, a la sombra de la tiranía y la justicia venal, entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes de esas propiedades de los cuales han sido

Arte y reclame industrial

despedidos por la mala fe de nuestros aparceros, manteniendo a todo trance en las armas en la mano la mas sangrienta policía y los carapaidas que se arrojan con derecho a ellos, lo aducen ante los tribunales eclesiásticos que se establecieron al triunfo de la Revolución.

"Art. 70. En virtud de que la incesante mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son dueños más que del terreno que pisas, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada sus condiciones sociales, no poder dedicarse a la industria y a la agricultura por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropian, previa indemnización, de una tercera parte de esos monopolios a los poseedores propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para los pueblos, o casales de sembraduros o de labor, y se mejore, en todo y para todo, la falta de propiedad y bienestar de los mexicanos".

Alguno de los "intelectuales" del zapatismo llamó al plan de Ayala: "un programa marxista campesino". Para Zapata, los "intelectuales" y los zapatistas, todo se arreglaría al llegar a la captura del poder político; y en efecto, el primer acto que realizaba el zapatismo en la conquista de una ciudad o villorrio era apropiarse del gobierno y principiar a expedir leyes y decretos. Constituía un gran placer para Zapata, en cada ocasión que sus huestes militares ocupaban la ciudad de México, marchar directamente al palacio nacional y arrellanarse en el sillón presidencial.

No hace mucho leíamos en una revista francesa amargos comentarios sobre el "claximo comercial que aplica los nuevos escritores a sus libros, ni más ni menos que si se tratara de pastillas contra la tos, un regulador del intestino y cosas por el estilo. Pero, ¿por qué no? Acaso no se escriben esos libros, la gran mayoría de ellos, con la única finalidad del lucro? Nada más lógico entonces, y no nos extraña verlos adoptar procedimientos propios de fabricantes y que usa la gran industria para "colocar" su producción, buena o mala, y más para la mala.

Lo curioso es que el procedimiento ha ido camino y nuestros Gálvez, Canelas y Zubirías (Zubiría es un genio en la materia) hace rato que no tienen nada que envidiar a los más pintados escritores industrializados.

Y no se crea que el rutinario escrúpulo que consideraba incompatible el reclame de la propia obra con el pudor artístico, sea una prerrogativa de los que escriben solamente. También los artistas plásticos evolucionan, y según leemos, dejan tamaños a sus hermanos de letras. En una nota de *L'Art et les artistes* nos enteramos que, en Madrid, don Néstor de la Torre acaba de inaugurar una exposición, que ha sido el non plus ultra de la presentación comercial.

"En los *Amigos del Arte*, dice la re-

"Albin Michel ha dicho que: 'la novela del joven cuyos anuncios afirmaban que sería célebre mañana' ha tenido efectivamente la más brillante de las carreras. En cambio Flon-Nourrit estima que la publicidad, siempre cara, no rinde en proporción a los sacrificios que impone. — Gustave Geffroy nos ha dicho: 'Es muy chocante ver asimilar las manifestaciones del espíritu con los productos industriales o comerciales'. Franz Jourdain ha gritado: '¡El resultado de tales maniobras? Es el envilecimiento y la muerte de la crítica'. — Y H. Duvernois: 'Creo que cuanto más intensa sea la publicidad comercial tanto más lectores pedirán a la crítica que nos informe seriamente'. Pierre Milie protesta: 'Es demasiado vil, demasiado bajo'.

Y he aquí la opinión del editor Jorge Crés: 'Si la publicidad es útil o nociva a los escritores, a los editores, al público, es esta una cuestión muy grave... sobre todo para los editores que no la usan sino dentro de límites razonables. Critican parecería envidia.

"Y sin embargo, confieso que las reservas de los maestros Geffroy, Jorge Reard, Jorge Lecomte, la indignación del fundador del Salón de Otoño, Franz Jourdain, tienen mi adhesión.

"La publicidad, a no ser en las revistas literarias, si perturba el buen sentido del público, tiene además una mala influencia en el escritor joven.

"En mis tiempos, las letras se consideraban un sacerdocio. Se saludaba con respeto absoluto a un Remy de Gourmont, un Lecomte de Lisle, un Luis Menard. Sus obras se imponían lentamente, pero firmemente a la admiración de su generación. Su prestigio no era por eso menos positivo. Los beneficios, la réclame, el dinero iban a los folletinistas. Era justo. Los primeros aumentaban el patrimonio intelectual de la humanidad, los otros hacían un negocio.

"Pero ahora, gracias a la norteamericanización de nuestra profesión, el autor joven no cree ya en su libro sino en el lanzamiento que su menager le hace. No se trata más de crear la Comedia Humana, o los Rougon Macquart, o Juan Cristóbal; se trata de tener una publicidad en los órganos más difundidos del mundo. Y naturalmente, de este hecho resulta que el hombre de letras desea "hacer público". Las complacencias intervienen. La obra desciende al nivel que quiere merecer. Y llega. La escritura se descuida. Las ideas se subordinan a las modas del día. De concesión en concesión, el escritor se transforma en un negociante de copias...

"Sin embargo es preciso no exagerar. Si hay jóvenes a quienes el procedimiento actual desvía de su profesión, existen otros cuyo talento los salva de todo, hasta de sus caídas; otros a quienes su sueño interior salvaguarda. Son estos los que nos ayudan, que nos ayudan a cincuenta años — si la publicidad es útil o nefasta a los literatos".

Verdad que está bien dicho por un editor?

carrojando algo, y con una risa muy aguda para ser natural... Fue una hábil defensa de esa sociedad el festejarlo, el adularlo, el elevarlo a las más altas cumbres de la gloria para que fuera más visible la falla, más violenta la caída... ¡Si tú conocieras la vida de Wilde, mamita!... Tan brillante, tan hermosa, tan grandemente triunfadora al principio, tan trágica, tan pesadamente dolorosa al final... Y vivió el artista su vida múltiple y compleja. Se vio gozar y se vio sufrir... ¿Podía pedir más?

Si yo hubiera creído en el Wilde brillante, en el ameno conversador de los salones mundanos, habría empezado a creer en el Wilde presidario; que, como antaño se arrodillara ante las dulces ingenuas inglesas hechas de leche y de rosas, para decirles su amor — se ponía de rodillas para fregar las piedras de su celda. ¡Qué hermoso es todo esto!... Y su triunfo de hoy que es cuando podemos conocerlo de veras, porque se le ve entero, desde lejos, en el magnífico conjunto de su vida múltiple... Porque, ¿sabes mamita? Yo creo que la perfecta obra de arte de Oscar Wilde es su propia vida.

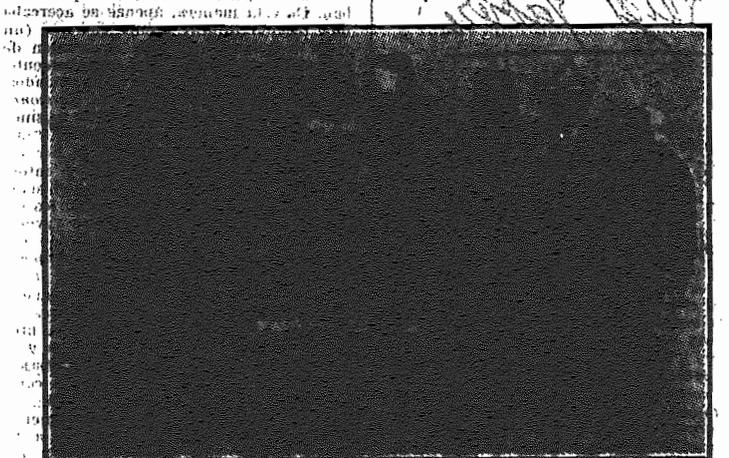
— Jesús, hija... Hablas casi tanto como Carita. Anoche todas esas cosas las dijistes de Shakespeare. Ahora te toca a éste...

— No mamita. Confundes. Anoche he dicho cosas muy diferentes. Nunca te enteras bien de nada. Ha sido tu desgracia en la vida no enterarte nunca de nada. Shakespeare no es un autor. Es algo tan distinto. Es como el símbolo de una edad; es lo enorme, lo grandioso, una fuerza inconsciente de la vida; el superhombre, el genio...

Wilde, es de carne y hueso como nosotros, lo sentimos, lo comprendemos. Vive nuestra vida. Podríamos encontrarlo una tarde asatando sus brillantes paradojas en un té del Plaza; o en tu palco una noche de Colón... Tal vez tú misma lo encontraras un domingo de esos en los que monseñor va a decir misa a la Penitenciaría; y en el que Vds. damas lindas y caritativas, se empeñan en obsequiar a los hoscos señores de la sangre y del robo con un poco de la misericordia de ese Dios que los hizo tan misérrimos...

Mira: será uno fino, rubio, de manos inesperadas, que, al pasar tú se quitará con gesto de duque su pelo numerado. Enrojecerá hasta la raíz de los cabellos, pues ha dejado en la puerta de la cárcel su viejo cinismo junto a su vieja felicidad.

Ahora aprendió a sufrir. Ya sabe del dolor de los hombres numerados, de los rechazados de la vida, de los escoria... ¡Como cantó él ese dolor del hampa carcelaria!... Él, que tan alegremente había cantado todas las locas canciones de la frivolidad...



El trabajo manual en la antigüedad-Taller de Zapatería

Para los zapatistas, lo mismo que para los marxistas, la revolución ascenderá al no se forma un partido de elementos más "consistentes y revolucionarios", debidamente disciplinados para que asuma el control de la revolución, y constituya la "poderación más batalladora y decisiva. Este partido se forma: es el partido obrero."

Con toda razón, Soto y Gama, el líder máximo del partido agrarista, dice, refiriéndose a la obra de Lenin: "Nuestros agraristas, hemos comprendido tan bien como Lenin y sus seguidores la necesidad de formar el partido de vanguardia, que conquistará el poder político para la clase trabajadora".

Solemos que, para Soto y Gama, Rusia es un país bien distinto a México, donde no hay problema obrero, y por lo tanto, la dictadura proletaria no será esta vez, con el partido obrero, sino con el partido campesino, y a veces, en memoria de los campesinos, y en todo caso, él es el de los soldados, supuesto que la mayor parte del ejército mexicano está formado por trabajadores del campo y mandado por el ejército.

Muchas veces se ha dictado que el campesino es el verdadero protagonista de la revolución mexicana.

El libro de Soto y Gama, "El partido obrero y el partido campesino", es un estudio muy interesante sobre el movimiento obrero y campesino en México, y sobre la necesidad de un partido obrero y campesino.

vista, la Exposición Néstor de la Torre alcanzó un gran éxito. La presentación, de un lujo extraordinario (sillas, tapices de terciopelo negro, muebles antiguos, y hasta el uso de la alfombra), una pregueta oculta llama naturalmente la atención de todo lo que Madrid tiene de noble de toda especie, realzando admirablemente pinturas que tratan sobre todo de herir la imaginación por la sutileza de la materia. Néstor de la Torre se presenta como decorador, expone un Poema de Alfonsina en varios cuadros y bocetos. No puede menos que reconocerse la habilidad de prestigioso con que transmuta la materia pictórica en un esplendor de "joyas" (las pinturas ocultas, el terciopelo negro y los muebles antiguos influyen en el cromatismo, quizás?). Pero este arte está demasiado lejos de nuestra concepción de la pintura para que podamos reconocerle algo más que un virtuosismo y su aceptación por la gran mayoría del público.

Confesémoslo venidos. Cierto que aquí algunas quemabas incenso ante un Cristo expuesto en la luz misteriosa de una sala tapizada de negro y aromada con flores distribuidas con una elegante desproporción. Pero el genio argentino no — ¡oh, ilustre maestro, cómo te olvidas! — no pensó en el prestigio instantáneo de un armonioso cuadro que colocara una lámpara.

Ahora bien, estos procedimientos son buenos o malos? Esto es lo que ha preguntado, con gran reverencia, a escritores y editores, Maximiliano Gauthier, en *Los Romanescos*. El mismo Gauthier dice:

"En mis tiempos, las letras se consideraban un sacerdocio. Se saludaba con respeto absoluto a un Remy de Gourmont, un Lecomte de Lisle, un Luis Menard. Sus obras se imponían lentamente, pero firmemente a la admiración de su generación. Su prestigio no era por eso menos positivo. Los beneficios, la réclame, el dinero iban a los folletinistas. Era justo. Los primeros aumentaban el patrimonio intelectual de la humanidad, los otros hacían un negocio.

"Pero ahora, gracias a la norteamericanización de nuestra profesión, el autor joven no cree ya en su libro sino en el lanzamiento que su menager le hace. No se trata más de crear la Comedia Humana, o los Rougon Macquart, o Juan Cristóbal; se trata de tener una publicidad en los órganos más difundidos del mundo. Y naturalmente, de este hecho resulta que el hombre de letras desea "hacer público". Las complacencias intervienen. La obra desciende al nivel que quiere merecer. Y llega. La escritura se descuida. Las ideas se subordinan a las modas del día. De concesión en concesión, el escritor se transforma en un negociante de copias...

"Sin embargo es preciso no exagerar. Si hay jóvenes a quienes el procedimiento actual desvía de su profesión, existen otros cuyo talento los salva de todo, hasta de sus caídas; otros a quienes su sueño interior salvaguarda. Son estos los que nos ayudan, que nos ayudan a cincuenta años — si la publicidad es útil o nefasta a los literatos".

Verdad que está bien dicho por un editor?

Oscar Wilde

Una obra de Wilde, mamita! Mira, una obra de Wilde hecha por célicos que la comprenden, debe ser algo así como una fiesta para el entendimiento, un suave placer para la inteligencia.

Si la palabra "deliciosa" no existiera la inventaría yo para las comedias de mi autor... Pero no. Deliciosa es una palabra frívola y la frivolidad es la comedia de Wilde sirve solo para esconder cosas muy profundas. Parece como si, conociendo demasiado el vacío profano de la vida, encontrara tan fatigoso, tan poco elegante tomarla en serio. Porque es antiestético; ¿verdad? tomar la vida en serio. Sin embargo; detrás de lo brillante y atolondrado de sus comedias yo veo el drama rebelde y atormentado de su alma. Y me explico lo que vino después. Veo la venganza de una sociedad a los milificios de esas comedias que la hicieron más un día...

Wilde, es de carne y hueso como nosotros, lo sentimos, lo comprendemos. Vive nuestra vida. Podríamos encontrarlo una tarde asatando sus brillantes paradojas en un té del Plaza; o en tu palco una noche de Colón... Tal vez tú misma lo encontraras un domingo de esos en los que monseñor va a decir misa a la Penitenciaría; y en el que Vds. damas lindas y caritativas, se empeñan en obsequiar a los hoscos señores de la sangre y del robo con un poco de la misericordia de ese Dios que los hizo tan misérrimos...

Mira: será uno fino, rubio, de manos inesperadas, que, al pasar tú se quitará con gesto de duque su pelo numerado. Enrojecerá hasta la raíz de los cabellos, pues ha dejado en la puerta de la cárcel su viejo cinismo junto a su vieja felicidad.

Ahora aprendió a sufrir. Ya sabe del dolor de los hombres numerados, de los rechazados de la vida, de los escoria... ¡Como cantó él ese dolor del hampa carcelaria!... Él, que tan alegremente había cantado todas las locas canciones de la frivolidad...

SALVADORA MEDINA ONRUBIA
(Del libro recientemente aparecido: "Akasha").

BIBLIOGRAFIA

WEIL FELIX. — *Die Arbeiterbewegung in Argentinien*. (El movimiento obrero en la Argentina), 52 páginas, 8. C. L. Hirschfeld Verlag, Leipzig, 1923.

No conocemos al señor Félix Weil, de Francfort del Meno; pero el título de su folletó nos ha interesado, es decir ha despertado nuestra curiosidad, no obstante sentir una desconfianza instintiva hacia los historiadores de un movimiento obrero revolucionario cuando, por lo menos, no han simpatizado con él. El historiador debe ser objetivo, imparcial, es cierto; pero también es cierto que debe comprender los hechos y el espíritu de los hechos que elabora; Michelet afirmaba que la historia es una resurrección y esa resurrección supone la identificación, dentro de lo posible, del historiador con el período o el hecho que quiere describir.

Para que los camaradas puedan darse cuenta del contenido de este folletó, editado por una casa especializada en las obras de carácter histórico-social, basta decir que el autor se apoya en las siguientes fuentes: Departamento Nacional del Trabajo, publicaciones oficiales del partido socialista y del partido comunista de la Argentina; de la Federación Obrera Regional Argentina del Congreso; el

libro de Palacios *Nuevo Derecho* y los informes personales del doctor Justo y de Augusto Kühn y otros sujetos de corte camaleón, como Marotta. Con esta noticia basta para que salgamos, sin abrir el folleto, que el señor Well ha recogido todas las infamias que sus informantes han alentado contra el anarquismo, — ciertamente no bastaría, porque las 52 páginas de texto no bastarían. En efecto, sin dejar de reconocer que el anarquismo tiene un influjo preponderante sobre el movimiento obrero en la Argentina, en lugar de investigar la labor del anarquismo, su prensa, sus organizaciones, el señor Well se conforma con los datos que le proporcionan los informantes y se extiende principalmente en la descripción, de la evolución del partido socialista, del camaleonismo, del comunismo, — ¡cómo si el comunismo, por ejemplo, tuviera alguna influencia en el movimiento obrero! Cita nombres de ilustres, desconocidos como personajes que han hecho una gran labor de propaganda y de organización, pero ignora por completo los nombres y los esfuerzos de los verdaderos creadores y alentadores del movimiento obrero en la república del Plata. Como no podía menos, de esperarse de sus informantes, ni siquiera dijeron al señor Well que los anarquistas tenían un diario, fundado en 1897 y destinado a servir siempre de brújula al proletariado revolucionario; en cambio nos habla de los esfuerzos de *El Comunist* de Rosario y de sus aspiraciones de superación del viejo anarquismo y nos informa de los periodiquillos comunistas que sólo leen los correctores de pruebas de la imprenta del partido.

Para el autor de este folleto, el anarquismo en la Argentina no es más que un fruto de las condiciones especiales de país nuevo, apenas invadido por el capitalismo, afirmación que no podía faltar en un alemán que habrá sido nutrido con el marxismo seguramente.

Donde el señor Well acierta es cuando pone en evidencia el apartamiento del partido socialista de toda ideología proletaria.

En un cuadro estadístico hecho con datos proporcionados por una serie de "ex-sindicalistas y políticos" resultan, por ejemplo en 1922, para la F. O. R. A. anarquista 25.000 miembros y para la U. S. A. de 80 a 100.000. Los datos proporcionados a Palacios en 1920 por el "secretariado" Concalvez-Ferré, que hacen ascender los miembros de la F. O. R. A. a 185.000, son considerados como una gran exageración. Ese mismo secretariado envió a Moscú un delegado que asistió a la conferencia preliminar de Berlín en representación de 200.000 miembros de la F. O. R. A.; cuando dos años más tarde hemos dado fe a los cálculos de los burócratas del "secretariado", esa gentecilla dice que el número es falso; ¡por qué era verdadero en 1920, siendo cierto que la F. O. R. A. en lugar de decrecer ha ido en aumento? Pero esta es otra cuestión.

Una afirmación que nos hace sospechar del señor Well es la de que el gran período de las huelgas de 1919-21 no ha sido motivado por un impulso revolucionario de los trabajadores, sino por la política electoral del presidente Irigoyen, interesado en la conquista de los votos obreros para las elecciones presidenciales de marzo de 1922. Una afirmación semejante no podía surgir más que de un adversario del partido irigoyenista, pero interesado en el triunfo de otro partido. Irigoyen aparece aquí como un obrerista tolerante: ahí están La Forestal, la Semana de Enero, la Patagonia, etc. Si la calificación de obrerista le viene del indulto a los redactores de *Bandera Roja*, habría que haberlo dicho.

En fin, la prevención instintiva contra los historiadores, burgueses de los movimientos sociales ha sido confirmada una vez más con esta "contribución a la historia" del movimiento obrero en la Argentina. Recomendamos este folleto al partido comunista; contiene bastantes calumnias contra el anarquismo como para merecer los honores de la edición española.

D. A. de S.

CURSO DE PINTURA

En la academia Velázquez, la señorita Lorenza White es la discípula preferida del maestro Joaquín Pont-Dugard, miembro del Instituto y profesor de pintura para señoras. Esta joven es inmensamente rubia, con entonación de oro pálido, es delgada de aspecto, pero muy robusta. Una cabeza de madonna prerrafaelita con ojos de un azul verdoso, muy inquietante; habla el francés con un acento inglés apenas perceptible. Llega la primera clase y se instala ante su lienzo. El modelo ya está allí: es un mozo fornido, completamente desnudo; pero que lleva, por decencia, unos minúsculos calzoncillos rojos.

El modelo.— ¡Señorita White...! Llega antes de la hora...

Lorenza.— Pienso darme una buena sesión de trabajo. Quiero acabar mi estudio. El modelo.— Si usted lo desea, adoptará la pose.

Lorenza.— ¡No! Espere a las demás señoritas. Se molestarían si se empezara sin ellas.

El modelo.— ¡Oh! ¡No tienen prima...! ¡Con tal de que las vean en el "Métro" con la caja de colores, ya están contentas...! (desdichoso.) Esto es jugar a ser artistas... esto es ganar de perder el tiempo. Entre todas ellas, usted es la única formal.

Lorenza (ufana).— ¡Es usted muy amable, Cornu...! Yo quiero llegar...

El modelo.— ¡Usted llegará...! Posee la obstinación, que es una cualidad muy hermosa. Además, tiene usted dinero. ¡Y esto ayuda siempre...!

Lorenza.— ¡Quién le ha dicho que tengo dinero...?

El modelo.— He oído que el patrón decía al señor Joaquín Pont-Dugard: "Querido maestro: atienda mucho a la señorita White. Es la hija de White-Petrole. Conviene que obtenga, este año una mención en los Artistas franceses". Y Joaquín le respondió: "¡No se preocupa usted...! ¡La tendrá...! Y agregó: "Es muy rica, ¿verdad?" A lo cual le contestó el patrón: "¡Ya lo creo! ¡Es más rica que Berta Morizot...!"

Lorenza.— ¡Caramba! ¡Qué bien enterados están estos señores...!

El modelo.— ¡Bah! Son unos vivos que saben lo que se traen entre manos. Usted lleva aquí poco tiempo. Aguarde algo más y le tenderán la red de la lección particular.

Lorenza.— ¡Qué lección?

El modelo.— ¡Verá usted...! El buen Joaquín es el presidente del Jurado en el salón de Artistas. Le aconsejará que acuda a la Exposición; usted irá a trabajar a su casa, a razón de cien francos diarios; mediante lo cual él le retocará el panderero.

Lorenza.— ¡El panderero...?

El modelo.— ¡Quiero decir el cuadro...! En el año próximo, si desea usted una buena medalla, tendrá que encargar su retrato al maestro; sólo sólo cuesta veinte mil francos. Pero es pintará de pie delante del caballete. Ha hecho ya unos veinte del mismo modo. Así logró tener su hotelito en Auteuil. ¡Y pensar que Monticelli vendía sus cuadros a diez francos cada uno en las tabernas de los cafés de Marsella...! ¡Qué lastima...

Lorenza.— ¡Sí...! ¡Da grima...! Sin embargo, yo tengo la intención de imponerme como artista. Y la señorita Cassatt, que era rica, trabajó como si fuera pobre. ¡Pongámselo mano a la obra...!

El modelo (sufocando a la mesa).— ¡Muy bien, señorita White! ¡Y no se deje usted engañar por estas tías inverosímiles! (Adopta la pose y se apoya nobilmente en el mango de una escoba.) ¡Estoy bien!

Lorenza.— ¡Sí!

Trabaja con encorvamiento, poco a poco con la espalda las demás señoritas con sus cajas de colores. Llega la señorita Elsa Metz, esposa de un "maestro", muchacha encantadora y amante de los cuadros. Llegó la señorita Elsa Metz, hija de un rico de la Casa Ferrer, de estas el "papa" de las "mujeres" que ya viene después la señorita Raquel Coen.

Duiseigneur, hija del famoso anticuario — una Juana — y la señorita Teresa Kity, elegiaca y pensativa, y por último, la moirata de las discípulas, Juana Ajmar, Juliette Capuét, las hermanas Agata y Sofía Fruche, etc. La sala se llena pronto de pjar de pajorillos y de risas afrontadas. La señorita White es la única que trabaja.

Elsa.— ¡Naturalmente...! ¡Lorenza está ya acabando...!

Inés.— ¡Lo hubiera apostado...! ¡Tiene horas suplementarias...!

Raquel.— Ella nos da el ejemplo. ¡Buenos días, White...!

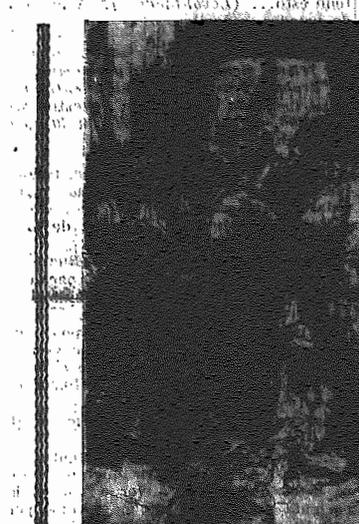
Lorenza (cortés).— ¡Muy buenos, amigas mías...! ¡A ver si me dejáis en paz! Estoy a punto de sorprender el secreto del "modelado fino".

Teresa.— ¡Te divierte pintar así!

Lorenza.— ¡Mucho...! ¡No! ¡Hago más que pensar en el modelo desde la mañana hasta la noche...!

Inés.— ¡Qué te parece, Cornu...? ¡Vaya satisfacción para tí...!

Raquel.— ¡Me siento holgazana, hijas mías...! (Se desespera.)



AUGUSTE BROUET. — Un patio. — Avenida de Chile.

Julietta.— ¡Estuviste también de juegucita...?

Raquel.— ¡Estuve bailando con los hortericos hasta las dos de la madrugada...! No sé dónde tengo las piernas... ¡Y este endiablado estudio apenas está empezado...!

Elsa.— ¡A mí me da miedo pensar que tengo que cubrir de color este lienzo...! Lo único que me interesa de todo esto son los calzoncillos, porque es lo más fácil de hacer. Lo demás tiene muchos misterios...

Juana.— Pues yo prefiero los hombres, cuando me ha dado con el quid de los más chicos todo marcha como una seda.

Agata (a Juana).— ¿Quién te ha hecho este vestido "chica"? ¿Farma? ¿Martian? ¿No? ¿No está allí? ¡Lástima!

Juana.— ¡No! Tengo una modistilla que trabaja muy bien y que me hizo los modelos de las "Cajas" más importantes. Dentro de un rato irá a verla, para que me pruebe unas costillas y te llevaré conmigo.

Raquel.— ¡Atina...! ¡No está allí! ¡Lástima!

Juana.— ¡No...! ¡Ya no vendrá...! Está comprometida y su marido no quiere que en lo sucesivo vea a ningún hombre desnudo.

Sofía.— ¡Bah! Después de todo, no leña ni pizca de talento. ¿Con quién se casa...?

Raquel.— Con un "pinto" llamado Gedón Lormail; un señor que expone en los independientes mujeres azules y hombres verdes.

Teresa.— ¡Tomaré mis precauciones; tengo una amiga que se casa con un gran ginecólogo. Le prohibe que presente a las clientas ni siquiera la piel y más a todas las consultas especiales de una de sus amigas que representa a Alejandro Victorioso. Cada vez que su marido va allá de lo conveniente, Alejandro se agita...

Juana (dándose golpes).— ¡Dios mío! ¡Qué estúpido es ese calzoncillo! ¡Verdad Raquel...!

Raquel.— ¡Muy estúpido todavía se casaría. ¡A menos que se presente una buena proporción...!

Teresa.— ¡El maestro Joaquín, por ejemplo...!

Raquel.— ¡Qué quieres decir con eso...?

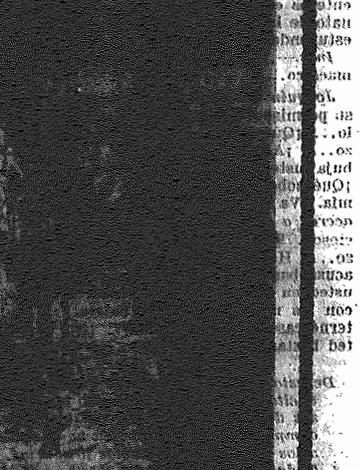
Teresa.— ¡Nada! ¡Oh! ¡Nada...! ¡Había corrido el rumor de tus escapadas con él...!

Raquel.— ¡Es una calificación infame...! El señor Pont-Dugard es un "coleccionista", como lo ha hecho con todas... ¡Así lo exige su profesión...! Pero te habrás de seña que no está libre... Tiene un compromiso...

Agata.— ¡Bah! ¡Quién se casaría con él? ¡Inés.— Una princesa italiana que fue raptada por él. ¡Lo sabe todo el mundo...! Se trata de una patricia muy bella que lo alimentó cuando él estaba en la miseria.

Agata.— ¡Ay! ¡Está desahogado...! ¡Idolo...!

Inés.— ¡Por qué...! ¡Todos los grandes hombres fueron lanzados por mujeres...



La Princesa Espionni se ha comprometido a la gloria de nuestro querido maestro; vive en un hotel inmediato al estudio y hay en él una puerta de comunicación con una "cocinilla"...

Teresa.— ¡Cada vez que me voy a ver a Julietta (corriendo).— ¡Bah! ¡Bah! ¡A trabajar...! ¡Acaba de llegar Joaquín...!

Todas estas señoritas venían hacia sus caballetes a las pocas las clases y apantalar, absorbidas en un arte.

Joaquín entra en un momento de incertidumbre, extraviado entre las muy atildada. Tiene ganas de ir a dar un vistazo a su estudio de artista cuando ag, hermosa ojos verdes, nariz aguileña, bigotes finos y boca en un punto demudado, se mira. Luce una aureola con la gran resaca de un amorador. El que le criticó la semana del maestro de la "rosa"...

Joaquín.— ¡Disculpame, señoras, pero tengo que ir a retratar; pero he encontrado un al modelo, pero he encontrado un al modelo...

Raquel.— ¡Bah! ¡No te preocupes, yo te doy un consejo...!

Joaquín.— ¡No...! ¡Ya no vendrá...! Está comprometida y su marido no quiere que en lo sucesivo vea a ningún hombre desnudo.

Sofía.— ¡Bah! Después de todo, no leña ni pizca de talento. ¿Con quién se casa...?

Raquel.— Con un "pinto" llamado Gedón Lormail; un señor que expone en los independientes mujeres azules y hombres verdes.

Teresa.— ¡Tomaré mis precauciones; tengo una amiga que se casa con un gran ginecólogo. Le prohibe que presente a las clientas ni siquiera la piel y más a todas las consultas especiales de una de sus amigas que representa a Alejandro Victorioso. Cada vez que su marido va allá de lo conveniente, Alejandro se agita...

York: Atlantic (nueva edición en 1873)... un Diccionario socialista, 1873...

... como la esencia de los socialistas... no ha sido examinada... un pequeño tratado...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

folleto cuyo autor, con toda probabilidad, se llama Félix Pignal... un pequeño tratado...

Un autor belga que no es de ningún modo socialista hizo aparecer en una revista tan alejada de nuestras ideas como fué la Revue trimestrielle de Bruselas el artículo Panarquía...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

rial, o fáctico del gobierno; desembarcó allí con una pequeña banda armada para insurreccionar la región...

... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado... un pequeño tratado...

El tercer ensayo ha sido reimpresso varias veces, como en Bolonia en 1894... un pequeño tratado...

Puedo pues evitar el hablar de él en detalle y debo hacerlo porque no tengo sus escritos a mano... un pequeño tratado...

F. S. Merlino transmitió a los italianos un libro proudhonista, traduciendo La abolición del Estado... un pequeño tratado...

Los otros países no han producido libertarios tan ardientes como Coquerdy y Dejacque... un pequeño tratado...

cia 1850, etc.), como para los refugiados europeos, sobre todo de los de lengua alemana...

Nuestra idea no se muestra sólo en sistema elaborado, claro está; aparece como tendencia; como impulso que penetra tanto la vida de un hombre como la obra de un artista...

Una de los más simpáticos es H. D. Thoreau, autor de Walden (1854); el individualista americano retirado a un bosque; se reimprime aun de él un folleto...

Walt Whitman, el poeta de las Leaves of Grass (Brizmas de hierba) es universalmente conocido ahora...

Henrik Ibsen, que participó en el primer movimiento socialista de Noruega, el de Marcus Thrane, a partir de 1848...

En el dominio teórico no se encuentra la amplia generalidad de un Thoreau o de un Multatuli...

Herbert Spencer es uno de los primeros de ellos. A la edad de 22 años, en el otoño de 1842, publica una serie de cartas sobre la estera propia del gobierno...

Un autor autonomista, descentralizador por excelencia, fué el inglés J. Tomlin Smith, autor de dos libros de 1849 y 1851...